

curador de la villa y el fiel de fechos, porque aún no se había provisto el oficio de escribano. Aquel día no debió de ocurrir suceso considerable; por lo ménos se ha frustrado en su indagacion nuestra solicitud y diligencia, sin que en las memorias que hemos podido recoger se halle más de lo sucedido en el día de las honras, cuya relacion pide capítulo aparte, y vamos á servir á nuestros lectores en el siguiente.

CAPÍTULO VII.

LO MISMO QUE EL OTRO.

AMANECIÓ el día siguiente tantos de tal mes, corriendo dichosamente el año de 1700, y hablamos así por estar algo embrollada la cronología, y no es negocio de engañar á nadie, aunque nos pagaran á peso de oro cada noticia incierta. Reinaba en España su gloriosísimo Monarca; gobernaba la Iglesia de Dios el Sumo Pontífice, Vicario de Cristo; y era general de la Orden un varon grave, elegido canónicamente por el capítulo, cuando el reloj de sol de Pedrorubio señaló la hora de las diez de la mañana. Este reloj era la sombra que hacia un sobradillo que atravesaba la pared, sobre la misma puerta del matadero, único edificio del lugar, cuya fachada principal miraba derechamente á mediodía, desde el mismo punto de amanecer. Se había doblado toda la clave de las campanas; eran dos esquilones, y un cencerro que se debía tocar para las misas rezadas; y aunque los esquilones, en su primitiva fundacion, segun la tradicion de padres á hijos, habian sido de los afamados en toda la comarca, con el tiempo, que todo lo consume, uno habia perdido la lengüeta; y se suplía la falta de esta con una pesa de hierro de dos libras

ménos onzas, que por defectuosa habia quitado al carnicero del lugar un juez de residencia. Servia á la pesa de espigon un grueso cordel de cáñamo, que prendia del anillo ó hembrilla interior del esquilon deslenguado, y como el cordel no tenia consistencia para contener la pesa en aquella direccion que la daba el movimiento á la campana, siempre que esta se empinaba, giraba en círculo la cuerda, y sonaba á almirez de boticario cuando el mancebo desprende los polvos que se pegan á las paredes. El otro esquilon se habia relajado un poco en cierta funcion en que hizo más fuerza que la acostumbrada, y como se le iba la voz, era su sonido acatarrado.

En fin, todo esto importaba un bledo para el sermón de honras que predicó nuestro Fray Gerundio, el cual llegada la hora, y encendido el fúculo, concluida la Misa, tomada la capa negra por el preste, y acomodado el auditorio, subió al púlpito, predicó su sermón; ¿pero qué sermón? Excusamos repetirle, porque ya dejamos hecho un exacto y puntual análisis, que casi puede ser anatomía de su fúnebre oración, en todo el capítulo V de este mismo libro 2.º á donde remitimos á nuestros lectores; porque no se apartó un punto nuestro insigne orador ni de aquella division ni de aquellas pruebas. Mas porque no es imposible que se halle tal cual lector tan perezooso, que no quiera tomarse el lijero trabajo de recorrer aquel capítulo; no de otra manera (porque un simil oportuno adorna mucho la oración) que un clérigo galbanero se dá al diantre siempre que en el breviario ó misal encuentra parte del rezo en remisiones ó citas, y por nó ir á buscarlas apechuga con

el primer común que se le pone delante; para obviar nosotros este inconveniente, hemos tenido por conveniente recopilar aquí con la mayor brevedad lo mismo que dijimos allí en gracia de nuestros lectores flacos, miserables y poltrones.

Introdujose, pues, Fray Gerundio á su famosa oración con esta primera cláusula, que dejó atónito á todo el grueso del auditorio: « Esta parentación sacro-lúgubre, este epicedio sacro-trágico, este coluctuoso episodio, y este panegiris escenático, se dirige á inmortalizar las memorias del que hizo inmortales á tantos con los rasgos cadmeos, que á impulsos del aquilífero pincel que estampa en cándido lino triturado, sirviendo de colorido el atro liquor de la verrugosa agalla, chupando en cóncavos aéreos vasos de la leve madera Pamvescia: *Calamus scribæ velociter scribentis.* »

No es posible ponderar, con cuanta satisfacción rompió en esta primera cláusula, y cuantos parabienes se dió á sí mismo dentro de su corazón, por haber encontrado voces tan adecuadas como significativas, para explicar su pensamiento. Que se me vengan, que se me vengan, decia allí para consigo, no solo á impugnar, sino á empujar la cláusula; que levante, que levante el retórico la postura de las voces, y que me las dé á mí más empinadas ni más eruditas. Llamar á las letras *rasgos cadmeos*; á la pluma, *aquilífero pincel*; al papel, *cándido lino triturado*; á la tinta, *el atro sudor de la verrugosa agalla*; al tintero, *el cóncavo aéreo vaso*, añadiendo después para mayor explicación, *de la leve madera Pamvescia*, con alusión al buey, que fué enseñando

á Cadmo el camino, hasta llegar al sitio donde fundó la ciudad de Tebas. ¿Esto lo pensaria por ahí cualquier predicador sabatino de la legua? ¿y no habrá más de cuatro predicadores mayores, y más de dos predicadores generales, que no tengan númen para tanto?

Metióse al instante en el espeso matorral del antiquísimo principio de la costumbre inmemorial, y de los diferentes modos y ritos con que en todo tiempo y en todas las naciones se han celebrado las honras de los difuntos: no olvidó las repetidas citas de Polibio, Pausanias, Alejandro, Plutarco, Celio, Suetonio, Bernin, Esparciano, Novarino, Apiano, Diodoro, Sículo y Herodoto, todos de la misma manera y por el mismo orden que los cita el *Florilogio*. Encajó con la misma oportunidad las clausulillas más brillantes, y las que á él más le habian prestado en el nunca bastante aplaudido sermón de honras de los militares del regimiento de Toledo; aquello de *tan lugubrememente generosa, luctuosamente compasiva*; la otra; donde erigian *túmulos suntuosos y grandiosos, fúnebres obeliscos radiados de luces, y luctuados de bayetas. (Coherencia lucida, tenebrosa)* que entre *yertas y cadavéricas cenizas vitalizaba memorias de militares difuntos*; solo que en lugar de *militares*, dijo *escribanales*. Y en la que se sigue después dijo, *trucidaban inocentes victimas, que dirigian á mitigar rigores de los dioses, esparcian rosas fragantes, confederando matices y verdores, para derramar memorias inmarcesibles y floridas esperanzas á la felicidad eterna de los militares difuntos*; solo mudó las dos últimas palabras, diciendo en vez de *militares difuntos*,

estilijeros finados; aludiendo, á que antiguamente se escribia con unos punzones de hierro ó acero, que se llamaban *estilos*. Pero lo que repitió varias veces, porque le habia dado más golpe que todo, fué aquello de *sollozando menias sentidamente elocuentes, gimiendo endechas piadosamente elegantes*: y aún notó, á que el auditorio siempre que decia algo de esto se sonaban los mocos.

En donde estuvo sin comparacion más feliz que el autor del *Florilogio*, fué en aprovecharse de la exposicion de *Aie*, sobre lo que significaba *Odolla*, ciudad donde Judas Macabeo decretó las primeras honras ó primeros sacrificios que se lee en la Escritura haberse ofrecido á Dios por los difuntos. Dice *Aie*, que *Odolla* se interpreta, *Testimonium, sive ornamentum (testimonio ú ornamento)*. Al autor del *Florilogio* le hacia al caso el ornamento y no el testimonio; porque así como las franjas, los galones y las guarniciones se llaman *ornamentos de los vestidos*, así las guarniciones de los soldados, parece que se han de llamar *ornamento de las plazas*: con que *Ciudad-Rodrigo* es ornamento: *Odolla, id est, testimonium, sive ornamentum*, pues es ciudad ó plaza de guarnicion, y por aquí le vino el estrecho parentesco con *Odollo*. Puede ser que á más de dos críticos de estos que tratan de genealogías mentales, les parezca algo largo el parentesco; pero no hayas miedo que les parezca así el que probó nuestro Fray Gerundio de su escribano, con la ciudad de *Odolla*, ó ya se siga la interpretacion de *testimonio*, ó ya se adopte la exposicion de *ornamento*. Aquí conmigo, dijo el ingenioso orador: Si Odo-

«lla es testimonio, *Odolla, id est, testimonium*,
 « todos cuantos testimonios dió nuestro malogrado
 « héroe, dan testimonio de que fué de Odolla su ele-
 « vadísima prosapia. Nadie note el *elevadísima*, por-
 « que como se cuentan en ella tantas plumas, pudo
 « elevarse, pudo remontar su vuelo hasta dejar deba-
 « jo de sí al Icaro presumido: *Icarus Icarias nomine*
 « *fecit aquas*. Si Odolla es testimonio: *Odolla, id,*
 « *est testimonium*: luego es la ciudad de los testimo-
 « nios y ciudad de los escribanos, aunque parecen
 « dos, son una misma sinónima locución, como sa-
 « be el retórico elegante, segun el cánón de la divina
 « Sinecdote: *Sinecdote figura est, in qua pars po-*
 « *nitur pro toto*. Y sino dígame el entendido; ¿por
 « qué Juan se singulariza por *secretario* del Verbo:
 « *Quia testimonium perhibet de illo, et scit quia ve-*
 « *rum est testimonium ejus?* Repare el discreto; lo
 « primero, porque dió testimonio; lo segundo, por-
 « que fué testimonio verdadero; *et verum est testimo-*
 « *nium ejus*. Aquello le acreditó de *escribano*; porque
 « para ser escribano, basta dar testimonio: *testimo-*
 « *nium perhibuit*. Esto le calificó bien de *escribano*;
 « porque para ser buen escribano, es menester que
 « el testimonio sea verdadero: *et verum est testimo-*
 « *nium ejus*. Pero de una y otra manera el dar tes-
 « timonio es tan propio de los escribanos, como lo
 « es de la ciudad de Odolla el ser ciudad de los tes-
 « timonios: *Odolla, id est, testimonium*.
 « Volvamos al texto: celebráronse ó se decretaron
 « las primeras exequias, *lucido tenebroso*, en la ciu-
 « dad de los testimonios, en la ciudad de los escriba-
 « nos: *Odolla, id est, testimonium*; y esa misma

« ciudad era también ciudad de los ornamentos:
 « *Odolla, id est, ornamentum*. Espantábame yo, que
 « no estuviesen los ornamentos pared por medio de
 « las exequias: alto al misterio: llamábanse *orna-*
 « *mentos* en antonomástica posesion de las vestiduras
 « sacro-sericas, de que usaba el sacerdote para cele-
 « brar el sacrificio de la Misa: *Paramenta, seu orna-*
 « *menta*, que dijo con elegancia el litúrgico Rubri-
 « quista. Y claro está que exequias sin misa son
 « cuerpo sin alma; ó á lo ménos es la Misa la que
 « principalmente vivifica y refrigera las almas que
 « fueron de los cadavéricos cuerpos: *In Spiritum*
 « *Dominum et vivificantem, qui, etc.* Ahora conmigo:
 « La Misa, en dias comunes, es de puro consejo:
 « *consilium autem do*, que dijo el vaso escogido: la
 « Misa en dias de domingo, es de riguroso precepto:
 « *Mandatum de vobis novum*. Notólo con discrecion
 « la rubicunda púrpura de Hugo: *Omnes tenentur*
 « *audire sacrum in die dominica*. Infiera el lógico
 « ahora: luego en estas exequias de Domingo Cone-
 « jo, era indispensable la Misa; porque la Misa es
 « indispensable en dia de domingo: *Omnes tenen-*
 « *tur, etc.* ¿Qué hay que replicar á esta consecuen-
 « cia? Pues allá ya otra: luego fueron clara y paten-
 « temente figura de estas coluctuosas exequias las
 « que se decretaron para el invicto Macabeo en la
 « ciudad de Odolla, ciudad de los testimonios, ciu-
 « dad de los escribanos, ciudad de los ornamentos;
 « *Odolla, id est, testimonium, sive ornamentum, pa-*
 « *ramenta, ornamenta; Omnes tenentur audire sa-*
 « *crum in die dominica.*

A este modo y del mismo gusto fué toda la oracion

fúnebre, cuyo traslado con mejor consejo nos ha parecido omitir; porque sería impropiedad en asunto tan doloroso, hacer llorar de risa á los lectores: basta decir, que para cerrarla con llave de oro, dió fin á ella con aquella ridícula alegoría que se le ofreció de repente en el ya citado capítulo quinto, para contrarestar la otra no ménos estrafalaria metáfora, que tanto celebró Fray Blas en el sermón de honras del famoso *Florilugio*: solo que allí, la dijo seguida y sencillamente sin adornarla con textos; pero en el púlpito la vistió y la sacó de gala con todos los adornos correspondientes. Tenemos lástima, y aún casi pica en escrúpulo, en defraudar al público de los oportunos textos de que la engalanó; y así allá vá ni más ni ménos como la pronunció con todos sus atavíos.

«En virtud de que el Fiscal (*Adversarius vester*, «*diabolus, tanquam leo rugiens, circuit quærens*) levantó auto de oficio por el supremo juez (*tenens adversarius Chirographum*), y se dió mandamiento de prision contra nuestro escribano difunto (*tene te eum, et ducite caute*). Presentóse este en la cárcel del Purgatorio (*Claudentur ibi in carcere*), dejando poder al amor filial, para que como procurador suyo (*gloria patris est filius sapiens*) contradijese la demanda (*posuit me contrarium tibi*), apelando de la sala de justicia, á la de misericordia (*secundum magnam misericordiam tuam*). Libróse despacho de inhibicion y avocacion de autos originales (*Ego veniam et iudicabo*): dióse traslado á la parte de nuestro ministro encarcelado (*nil respondes ad ea, quæ adversus te testificantur*): hizo este

«un poderoso legato de misas y sufragios (*Domine, oratio mea in conspectu tuo semper*); y dándose por «concluida la causa (*non inuenio in eo causam*) falló «la misericordia que debía de mandar y mandaba que «el escribano Domingo Conejo saliese libre y sin costas de la tenebrosa cárcel (*sinite hunc abire*), declarando haber satisfecho todas sus deudas suficientemente con las pensiones de la prision (*dimitte nobis debita nostra*); y que así fuese á la gloria en «paz (*requiescat in pace*).

Desengañese la elocuencia más valiente, persuádese la elegancia más retumbante, humíllese la pluma de más alto remonte, y créame la fantasía del más delicado respunte, que no es posible, no digo explicar dignamente un solo rasgo, pero ni aun concebir entre sombras un tenebroso bosquejo del embeloso, de la admiracion, del pasmo, del asombro, con que fué oída la oracion de todo el numeroso auditorio que componia todo el grueso peloton de paparrismo, excepto el reverendísimo abad y su sócio, que tambien estaban aturdidos, aunque por muy diverso término. No hubo siquiera uno entre todos los oyentes, que por buen espacio de tiempo no pareciese estatua en virtud del extático pasmo.

Hasta el mismo Fray Blas estaba enagenado, haciéndose cruces intelectuales en lo más íntimo de su alma, y tan persuadido ya, allá de ojo para adentro, que en comparacion de Fray Gerundio, él era un pobre motilon, que desde aquel punto le costaba grandísima violencia el no tratarle con respeto, y solo por no dar su brazo á torcer, prosiguió en la llaneza comenzada; pues por lo demás en su estima-

cion y concepto, pasaba Fray Gerundio por el primer hombre de todo el orden universal: así lo confesó á un confidente amigo suyo, esta interior particularidad, que hace tanto honor á nuestro héroe.

El licenciado Flechilla, que le habia encargado el sermón, y aquel dia hacia de diácono en las honras, enagenado y fuera de si, se quedó sentado en el banco, donde habia oído la oracion á mano derecha del Preste, tanto, que ya el comisario pasaba incensando el túmulo (calzados sus anteojos) en el último responso, y todavía permanecía en su banco el bueno del licenciado Flechilla, llorando á hilo, rendido de ternura, sin advertir lo que pasaba. Apenas entraron en la sacristía los del altar, cuando el Preste, sin dar lugar á que le quitasen la capa, se arrojó violentamente al cuello de Fray Gerundio, túvole un gran rato apretado entre sus brazos, sin hablarle palabra, y después retirando un poco el cuerpo, y poniéndole las manos sobre los hombros, prorrumpió en estas exclamaciones: *¡Oh gloria inmortal de Campos! ¡oh afortunado Campuzas! ¡oh dichosísimos padres! ¡oh monstruo del púlpito! ¡oh confusion de predicadores! ¡oh pozo! ¡oh sima! ¡oh abismo! ¡Es un horror! ¡es un horror! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!* Y fuese á quitar la capa, haciéndose en cruces.

No pudo articular más palabra el licenciado Flechilla por entonces, que decir interrumpidamente: *Padre, Padre, Padricol! La semana Santa, la semana Santa del año que viene; la semana Santa no tiene remedio; y como á ese tiempo entráse en la sacristía Anton Zotes, creyó que era llegada la postrimera hora de su vida, porque consintió morir allí ahogado, segun los*

abrazos que le dieron, no contribuyendo poco para anudarse las muchas lágrimas que le hacia derramar el gozo. Fray Blas estaba atónito, y solamente se explicó con los ojos y cejas. Al reverendísimo padre abad le pareció que no le permitia la urbanidad dejar de presentarse, y así dejándose ver en la sacristía, seguido de su sócio, solo dijo con afabilidad y con agrado, que habia tenido un rato muy divertido, y que era razon que el padre Fray Gerundio descansase; á que añadió el sócio: yo me estaria oyendo á Vuestra Paternidad otras dos horas; la erudicion acarreada, el estilo de lo que hay poco, y el modo de discurrir es orijinal. Con las expresiones equívocas de los dos monjes, se confirmaron los otros paletos, de que apenas un ángel podia predicar mejor.

Vueltos todos á casa, y ya puesta la mesa, se sentaron todos á ella por su orden: menudeáronse los brindis, repitiéronse las enhorabuenas, y renováronse las expresiones; y solo no hubo décimas ni octavas, porque como la funcion era de mortuorio, parecia impropiedad. Con todo eso, no se pudo contener un estudiante legista, que aquel año habia comenzado los Vinios en Valladolid, y tambien comenzaba á hacer pinillos de poeta, echando sus quintillas de cuando en cuando, sus décimas en las porterías y locutorios de monjas, cuando habia funcion de habito ó profesion. Habia concurrido á las honras del escribano Conejo en nombre de su padre, vecino de un lugar cercano, y muy amigo del difunto, que por hallarse achacoso, no habia podido concurrir personalmente. Pidió licencia para decir un epitáfio que se le ofrecia; y como el asunto era tan de *requiem*, fácilmente se

le concedió; con que prorrumpió en este disparate:

Yace entre estas dos losazas

Conejo, no yace tal,

Pues que le hizo inmortal

Fray Gerundio de Campazas:

Caminante, cuando cazas,

No hallarás vivir mas guapo,

Que este sitio, en que te atrapo;

Pues con cualquier perro viejo

Cojerás aquí un conejo,

Y en el púlpito un gazapo.

Los dos monjes conocieron bien la insulsez de la décima, llena de ripio, y sin más sal que un equivoquillo ridículo que no tenia substancia; pero los demás, que no hilaban tan delgado ni entendian ni atendian más que al sonsonete, la levantaron sobre las nubes, y le hicieron sacar incontinenti muchos traslados para repartirlos por toda la redonda: conviniendo todos, que el licenciado era tan buen poeta como Fray Gerundio buen predicador. Con esto se retiraron los padres á dormir la siesta; y después de ella sucedió lo que vamos á decir en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VIII.

SALENSE Á PASEAR LOS CUATRO RELIGIOSOS,
Y EL PADRE ABAD, EN TONO DE CONVERSACION, DA Á FRAY GERUNDIO
ADMIRABLE DOCTRINA.

DORMIDA la siesta, tomado un polvo, rezadas Vísperas y Completas, y adelante un poco la tarde, que estaba muy apacible, dijo el padre abad á Fray Blas y Fray Gerundio, que si gustaban salir á espaciarse un poco al campo. Aceptaron gustosos el convite los dos amigos, y se salieron á pasear en compañía de los dos monjes. Apénas salieron fuera del lugar, (y no tuvieron mucho que andar para eso), cuando impaciente ya Fray Blas, preguntó al padre abad: ¿Qué le pareció á V. Reverendísima el sermón de esta mañana? ¿No fué un asombro? En su línea, respondió el Reverendísimo, es de lo singular y de lo precioso que tengo oído. A tal tiempo se incorporó con la tropa el comisario, que venia con alguna aceleracion á cortejarlos, no habiéndolos encontrado en casa del licenciado Flechilla. Era su traje de paseo, becoquin mocho, sombrero nuevo de castor, alzacuello con su esclavina, sobre-ropa con alamares, baston con puño de plata, y buen recado de borla: en fin parecía un arcediano. Después de los cumpli-